

A. MOSCOSO B.

CONTRIBUCION DEL INSTITUTO NACIONAL

AL PROGRESO DE LA REPUBLICA



PANAMA, 1937

No hay para que preguntarse si ha progresado o no nuestro país; es ello cosa que se ve y se palpa y algo que no admite discusión de ninguna especie. Visto desde todos los aspectos humanos, en el camino de la civilización, Panamá ha dado un paso sorprendente. En lo económico, intelectual, moral y material, y en todo sentido, este adelanto nuestro no es cosa que se presta a dudas, conjeturas o análisis determinado. Lo que sí es importante saber, averiguar y deslindar con claridad, es, especificar, con rigurosa exactitud si ello fuere posible, cuáles son las causas, motivos e impulsos que han contribuido a que este adelanto se realice, y, determinar, con manifiesta imparcialidad y justa apreciación, si, de acuerdo con las circunstancias y medios que hemos tenido a nuestro alcance este progreso que hemos logrado después de treinta y tantos años de vida independiente es el que exactamente nos corresponde en toda su amplitud.

Es verdad que el avance efectuado por nuestro país en el sendero del progreso humano es variado y relativamente asombroso, y si se juzgara a primera vista y superficialmente por las ciudades de Panamá y Colón, por una que otra ciudad del ambiente interiorano y por muchos otros detalles de manifiesta importancia, cualquiera diría que este progreso nuestro ha sido mayor del que en realidad nos corresponde y de que él ha tenido su mayor auge en lo que respecta a la parte material; pero si analizamos cuidadosamente, profundizamos en todos los aspectos y tenemos en cuenta al país en general, por fuerza tenemos que reconocer que ello no es así, y reconocer también que este progreso ha tenido su mayor acentuación en lo tocante a las partes moral e intelectual, es decir, en lo que se refiere al alma, a los sentimientos mismos de los individuos.

Múltiples y distintas han sido las causas de este grande y diverso desarrollo cultural de nuestro pueblo y entre todas estas causas unas cuantas resaltan con caracteres mayores. La situación privilegiada del Istmo, la influencia del capital norteamericano y la fundación del Instituto Nacional, motivos son, entre muchos, los que más han contribuido a llevar a nuestro país al torrente impetuoso de la cultura y de la civilización. Y como claro está que el progreso general y efectivo de todos los países del mundo depende casi en su totalidad de la capacidad cul-

tural de sus habitantes, al contemplar el progreso de nuestra república, es forzoso que enfoquemos nuestra atención hacia las causas de su progreso cultural, y encontremos así que, con caracteres casi únicos, resalte, libre de toda competencia, el INSTITUTO NACIONAL.

II

Corría el año de mil novecientos nueve; seis hacía que habíamos logrado nuestra emancipación de Colombia y comenzaba entonces en la República el período de las grandes iniciativas en los aspectos todos de la vida; estábamos viviendo todavía una época de penurias y atrasos y nos preparábamos entonces para las grandes empresas y para llenar dignamente el cometido que nos había encomendado la mano sabia del destino; los dolores y los sufrimientos habían acabado con las fuerzas y los ánimos de los panameños, pero no obstante, comprendimos que no sólo nos bastaba ser libres e independientes para poder alternar en el concierto de las naciones, sino que, por nuestra debilidad y pequeñez y por la manera tan característica en que se había efectuado nuestra independencia, otra era la forma en que debíamos presentarnos al mundo y otras las circunstancias en que debíamos códearnos con los demás países para poder ser tratados por ellos de igual a igual y poder merecer dignamente sus consideraciones y respetos. Comenzamos entonces los panameños a comprender que el sacrificio mediante el cual habíamos logrado nuestra emancipación, la violación de las entrañas de nuestro Istmo "pro mundi beneficio", no iba a traernos nuestra anhelada redención ni tampoco iba a ser la mejor manera de contribuir nosotros al engrandecimiento del universo, sino que, por el contrario, este sacrificio, si no iba acompañado de la cultura y de la capacidad intelectual requerida en estos casos, serviría, más para el daño y la explotación interesada, que para el bien y provecho de la especie humana. Y como es sabido y también un hecho probado en todas las formas y en todos los tiempos que los pueblos más cultos y más ilustrados, por chicos que sean, se imponen siempre y son los más fuertes en todas las luchas; puesto que tienen de su parte, a más de las fuerzas del derecho, las fuerzas intelectuales, y como es también un hecho probado que para progresar y ser materialmente fuerte se necesita antes ilustrar y capacitar para este progreso, he aquí que, en ese año, de-

ciden los panameños reponer con creces lo que en años anteriores habían perdido, y así, unidos en la idea y en la acción, en la fé y en el deseo de ser algún día grandes y respetados, llevan a la realidad la fundación de un centro educativo que corresponda a los anhelos de la nación, que coloque al país en un nivel elevado de capacidad intelectual y cultural y que sirva al mismo tiempo de base inmovible y duradera a la futura universidad del Istmo. Y surge entonces el INSTITUTO NACIONAL.

Un verdadero colegio de grandes magnitudes y de amplia naturaleza era algo que se imponía ya y sin el cual no podía seguir viviendo como tal la república istmeña. Y tocó a dos grandes panameños, patriotas íntegros y amantes del progreso, Doctor Abel Bravo y Don Arturo Amador García, ser los padres de tan genial idea. Se dieron los primeros pasos, se luchó con incalculables fuerzas, se vencieron miles de dificultades y terminados que fueron todos los preparativos, en una humilde y modesta casa de la actual calle catorce oeste, el Instituto Nacional abrió sus puertas a la juventud panameña el veinticinco de abril de mil novecientos nueve acontecimiento-este-memorable y el cual debía ser para los panameños fecha inolvidable desde luego que marca con caracteres gloriosos la apertura de una era que había de llevar al Istmo en alas del bienestar y del progreso a la cima imponente de la cultura y de la fama.

Humilde fue, pues, el comienzo del Instituto Nacional, como humilde fue también, según dice la historia, el comienzo de las Universidades de Oxford y de París, famosas hoy a través de las vicisitudes y los tiempos; duro fue el bregar de aquellas épocas, y de titanes y de cíclopes fue la lucha; pero el Instituto se impuso y su vida quedó asegurada. Sus aulas más y más se llenaban cada día; su radio de acción aumentaba en forma considerable y las circunstancias imperiosas de su avance progresivo obligaron a que, apenas dos años más tarde, continuara sus labores en una nueva casa, en un templo magnífico y soberbio, construido especialmente para ello en "las faldas fraternas del Ancón", de hermosa arquitectura y de amplitud adecuada, cuidado en su entrada por dos Esfinges arrogantes, guardianes perpetuos y celosos del porvenir sonriente de una patria libre, y coronado en su cúspide por avanzados centinelas, dos águilas soberbias que protegen con su sombra los polluelos en su nido y que con sus alas majestuosas extendidas significando están la li-

bertad y las fuerzas poderosas del espíritu al patentizar con ellas el dominio absoluto que tienen del espacio. Glorioso pedestal para el futuro progreso de un pueblo; ello es nuestro NIDO DE AGUILAS; ello es nuestro INSTITUTO NACIONAL.

III

Pero una cosa tenemos que reconocer antes de seguir adelante, cosa importantísima ésta sobre la cual es indispensable recalcar, ya para propia satisfacción, como también para satisfacción de los panameños todos. Y es la siguiente. Con respecto al Instituto Nacional el país ha tenido mucha suerte, indiscutiblemente que mucha suerte, y gracias sean dadas por ello a la obra sabia del destino, pues todos nuestros gobiernos, todos sus rectores, todo el profesorado y hasta los mismos alumnos, cuales más cuales menos, han contribuido con todas sus fuerzas, con todas sus energías, al engrandecimiento de la Institución. Desde Obaldía y Facio, hasta Harmodio Arias y Méndez, y desde los primeros profesores y alumnos, hasta los últimos de este año, todos, absolutamente todos, con la mayor espontaneidad y amplitud han contribuido en cuerpo y alma a hacer del Instituto el principal centro educativo del país.

El Instituto Nacional ha sido para nosotros los panameños algo así como un niño bonito, como una cosa más que sagrada, como un verdadero templo religioso al que hay que entrar con la mayor reverencia y al que no se puede tocar si no es para ayudar a su progreso y engrandecimiento. Esto tenemos que reconocerlo, y reconocer asimismo que es por ello por lo que su crédito no ha disminuído nunca en un ápice y por lo que su prestigio ha continuado ascendiendo hasta llegar al lugar preponderante que hoy ocupa. No negamos que con respecto al Instituto haya habido a veces pequeños deslices y se hayan cometido faltas por parte de Presidentes y Rectores, como tampoco negamos que el Profesorado y hasta los mismos alumnos, hayan tenido también para con él sus debilidades; pero todo ello ha sido corregido a tiempo y todo ha pasado, como dijera Víctor Hugo, como por sobre el cristal la sombra, sin dejar la menor huella. Además, tenemos que reconocer que somos humanos, y que, como tales, tenemos que cometer errores, y reconocer asimismo que las más de las veces la corrección sincera de

los errores es un impulso poderoso hacia el bien y hacia el legítimo perfeccionamiento.

Cuál de nuestros Presidentes se ha atrevido a poner la mano sobre el Instituto y en forma descarada hacer de él un feudo o utilizarlo para favorecer sus ambiciones personales? Cuál de sus Rectores ha osado desdeñar su misión y sin consideraciones de ninguna especie se ha atrevido a comerciar con él o a relajar sus principios básicos de engrandecimiento y de progreso? El profesorado mismo, no ha procurado siempre mantenerse a la altura de las circunstancias, y ya con su sabiduría, con su tolerancia y con su ejemplo, con su buena fé y con su patriotismo tantas veces puesto a prueba, no ha sido acaso la fuerza máxima que ha hecho andar a esta grande y delicada maquinaria y hacer que ella produzca los resultados de los cuales hoy nos mostramos satisfechos? Y qué decir de nuestra juventud, del alumnado que, a él concurre todos los años a abreviar, cual a una fuente, el líquido sagrado de la sabiduría? Observémonos todos, escuchémonos todos y convenzámonos de que todos hemos hecho del Instituto Nacional, hasta sin darnos cuenta quizás, algo que para nosotros vale tanto como nuestros bienes, como nuestra vida, como nuestro propio hogar...

Satisfechos, pues, debemos estar por la forma en que nos hemos portado para con el Instituto. El anhelo de todo padre es el de poder educar aquí a su hijo; el de todo hijo, poder ingresar a él y hacerse aquí un verdadero hombre y un ciudadano consciente; y el de todo ciudadano, hacer del Instituto Nacional lo más grande ypreciado del Istmo, la más grande gloria nacional, nuestra primera Universidad. Mucho falta, es cierto, para que el quede colocado en un pie de igualdad con cualquier Colegio o Universidad europea o norteamericana; pero ello es obra del tiempo, y con el correr de los años ya veremos los panameños a nuestro Instituto convertido en la Meca universitaria de América....

IV

El Doctor Eusebio A. Morales, uno de los pocos de nuestros hombres públicos a quienes tanto debe la instrucción pública en Panamá, y con especialidad el Instituto Nacional, decía en uno de sus discursos al referirse a esta institución: "Cuando los jóvenes que actualmente se educan en el Instituto Nacional salgan de las aulas y va-

yan a las respectivas provincias a difundir la educación que han recibido, el país se transformará por completo." Y en verdad que esta visión casi profética de uno de los más grandes estadistas panameños, que en paz descansa, se ha cumplido a entera satisfacción. El país se ha transformado. Pero, hasta qué punto esta transformación se ha realizado, hasta dónde ha dejado de realizarse, y hasta qué punto, en una y otra forma, ha intervenido en ello el Instituto?

He aquí las preguntas que para nosotros encierran todo el significado del tema que nos proponemos desarrollar. Estimamos que no hay para qué hacer la historia del plantel desde su fundación hasta la fecha, ni que suscita ni detalladamente se describa su ciclo vital con minuciosidad y lujo de detalles. Ello sería pueril y superfluo desde luego que a este respecto circulan ya por allí valiosas obras en las que, según nuestro parecer, se llena dignamente este cometido. Nosotros creemos que sobre lo que se debe enfocar directamente la atención y el interés, es, sobre la contribución que ha aportado el plantel al adelanto, progreso y transformación del país, desde luego que aceptamos ya por adelantado, y muy cuerda- mente estimamos, que ésto se ha conseguido. Creemos que lo que debemos es poner de manifiesto hasta dónde ha influenciado el Instituto en la transformación del país, hasta dónde ha dejado de influenciar y el cómo y el por qué de su intervención en todas y cada una de estas transformaciones hasta el momento mismo en que ha abierto sus puertas la Universidad Nacional.

Al aceptar nosotros anteriormente en términos generales que el progreso total de un país está basado en la capacidad cultural de sus habitantes, lo hicimos, teniendo en cuenta el principio universalmente aceptado de que la persona mejor preparada para la vida es la más capacitada par lograr su perfeccionamiento y el perfeccionamiento de cuanto le rodea; teniendo en cuenta que todo progreso se basa directamente en las leyes, decretos y resoluciones que dictan las Asambleas y demás instituciones o personas oficiales de un Estado, y teniendo en cuenta también las consideraciones, respetos y cariño que a los países cultos e ilustrados prodigan la naciones extrañas. Y como el Instituto Nacional por medio de sus ex-alumnos graduados y no graduados, ha contribuido a capacitar a los habitantes de la república para su perfeccionamiento.

a dictar las resoluciones, decretos y leyes que regulan la marcha administrativa de la nación panameña, y ha contribuido con ellos a que en el exterior se sienta por Panamá, cariño, respeto y admiración, he aquí por qué es forzoso que reconozcamos al Instituto Nacional como el pedestal más firme sobre el cual descansa hoy y seguramente descansará mañana el progreso todo de nuestra querida república.

V

Pero la razón y la justicia nos imponen no llegar a los límites de la pasión, por lo que tenemos que admitir que si es cierto que el Instituto lleva a su favor la mayor parte de contribución en este progreso, asimismo tenemos que aceptar que otras instituciones educativas han aportado su grano de arena que es imposible desechar. La Salle, Artes y Oficios, Hospicio, Normal de Institutoras, Profesional, San José, María Inmaculada y otros planteles de enseñanza, igualmente han aportado su contingente, que aunque en verdad mucho menos considerable, sí ha sido lo suficientemente grande y poderoso para que se les tenga que tomar en cuenta.

Ex-alumnos de estos planteles se encuentran diseminados por todo el país y aunque por lo reducido de su número y calidad de la instrucción recibida su influencia no ha sido tan decisiva que digamos, sí tenemos que aceptar que también han tenido gran participación en la transformación de la república: Ex-alumnos de La Salle han cooperado en esta capital y en casi todos nuestros pueblos interioranos en el desenvolvimiento de la cosa pública y privada, y ya en la tribuna, en la prensa, en puestos oficiales destacados o como simples ciudadanos, grande ha sido el contingente que han aportado al engrandecimiento de la patria. Ex-alumnos de la Escuela de Artes y Oficios y del Hospicio de Huérfanos, aquí y en el interior, en las distintas actividades manuales de la vida, de manera brillante y satisfactoria han intervenido a hacer de nuestra tierra una gran esperanza de redención humana. Ex-alumnas de la Escuela Normal y de la Profesional, en número ya más considerable, palomas mensajeras de la instrucción, de la cultura y de las artes delicadas del hogar, no están demostrando en todo el país lo que vale una bue-

na maestra; lo que es una esposa instruida y apta para la dirección de un hogar y lo que es una madre dignamente compenetrada de la misión que a las mujeres les ha encomendado la sabia naturaleza? Y las ex-alumnas de Marina y de María Inmaculada, en este foco de irradiación que es nuestra capital, como señoritas, esposas y madres ejempláres, no están acaso interviniendo dignamente en el desenvolvimiento progresivo de nuestro pueblo?

Sí; todas estas consideraciones nos llevan al convencimiento sincero de que en el terreno de la instrucción nuestro progreso no se debe exclusivamente al Instituto Nacional. Pero ante la disciplina, dirección, ideología y principios básicos de estos establecimientos, y ante otras consideraciones más, cómo no considerar a nuestro Instituto como la arteria más importante de nuestra vida espiritual, como el foco más poderoso que con su luz vivificante alumbraba y calienta nuestras mentes y como el contribuyente máximo en el progreso alcanzado por nosotros durante todos los años que tenemos de llevar vida libre e independiente? Ante su magnitud, ideología y principios liberales que lo rigen, el Instituto Nacional ha sido, es y seguirá siendo lo que bien ha dicho de él uno de sus más insignes Rectores, Doctor Octavio Méndez Pereira, "tribuna para todas las ideas, campo abierto a todos los vientos del espíritu, fragua y crisol de nuestra democracia, ágora donde se discuten todos los problemas de ésta", y de donde, según él mismo, "ha salido y seguirá saliendo la juventud que ha de llevar la vanguardia en nuestra marcha al porvenir".

VI

En términos generales, pues, y teniendo muy en cuenta la opinión de los demás, en todo lo anteriormente expuesto y de manera amplia y sincera, en principio, varias cosas hemos aceptado, a saber: que todo progreso humano se basa en la capacidad intelectual del individuo; que nuestra república sí es cierto que ha progresado; que varias son las causas de este progreso y que él ha tenido su mayor acentuación en lo que respecta a las partes moral e intelectual; y que en estos aspectos progresivos han ejercido influencia varias instituciones educativas, pero que la mayor parte de esta influencia le corresponde al Instituto Nacional.

Partiendo, pues, del principio ya aceptado que la república ha progresado y teniendo en cuenta que la instrucción es la base de todo adelanto, vamos a entrar de lleno en materia, y teniendo en cuenta que la transformación progresiva de todos los países se manifiesta, principalmente, en sus aspectos MATERIAL, ECONOMICO, MORAL E INTELECTUAL, vamos a demostrar ahora, con más minuciosidad y más detalles, con hechos, pruebas y argumentos irrefutables, tal cual las circunstancias lo exigen, la influencia que ha ejercido y la contribución que ha aportado al adelanto de la república el Instituto Nacional desde su fundación hasta la fecha.

Al enfocar directamente esta cuestión y al entrar ahora en estos detalles demostrativos, vamos a tratar de establecer algo así como una comparación entre el estado actual de la república y el estado en que se encontraba antes de la fundación del Instituto y antes de nuestra emancipación de Colombia. Por la historia, referencias y experiencias que aún se viven, fácil nos fuera exponer con claridad las condiciones de la república en ese entonces y compararlas con las actuales; pero para ser más consecuentes con nuestros principios de confraternidad universal, de patriotismos sin fronteras, especialmente en nuestra América Latina, y para que no haya lugar a que se nos tilde de parciales y apasionados, al tratar de establecer la diferencia entre una y otra época, a lo que nos han enseñado la historia, las experiencias y las referencias ajenas, preferimos exponer textualmente lo escrito por un esclarecido hijo de Colombia en tiempos de la separación, escrito éste que por ser de un colombiano tiene mayor fuerza y constituye la palabra más imparcial y más autorizada en este asunto.

Dice así el Doctor Santander A. Galofre en el escrito a que nos referimos:

“Cuando el Istmo en 1821 selló su independencia y se incorporó espontáneamente a Colombia, a brigaba sin duda la convicción de que nosotros no anularíamos sus derechos y sus libertades como pueblo y que respetaríamos siempre la integridad de su Gobierno propio. Si faltamos o no a la confianza que los istmeños depositaron en el país, que lo diga nuestra historia en los últimos veinte años y la obra de iniquidad y de despojo realizada en Panamá en el mismo lapso. De dueños y señores del territorio (los panameños) los convertimos en parias del suelo nativo. Brusca e inesperadamente les arrebatamos sus

derechos y suprimimos todas sus libertades. Los dejamos de la facultad más preciosa de un pueblo libre: la de elegir sus mandatarios, sus legisladores, sus jueces. Restringimos para ellos el sufragio; falsificamos el cómputo de los votos e hicimos prevalecer sobre la voluntad popular la de una soldadesca mercenaria y la de un tren de empleados ajenos por completo a los intereses del Departamento. Les quitamos el derecho de legislar, y como compensación les pusimos bajo el yugo de hierro de leyes de excepción. Estado, provincias y municipios, perdieron por completo la autonomía de que antes disfrutaban. Se limitaron las rentas y las facultades de invertir las. En las ciudades verdaderamente cosmopolitas del Istmo no fundamos escuelas nacionales donde aprendieran los niños nuestra religión, nuestro idioma, nuestra historia y a amar a la patria. A la faz del mundo castigamos con la prisión, el destierro, la multa y el látigo a sus escritores por la inocente expresión del pensamiento. Desde Diciembre de 1884 hasta Octubre de 1903, Presidentes, Gobernadores, Secretarios, Prefectos, Alcaldes, Regidores, Jefes Militares, Oficiales y Soldados, Jefes e Inspectores, y Ayudantes de Policía, la Policía misma, Capitanes y Médicos de Puerto, Magistrados, Jueces de categorías diversas, Fiscales, todo bajaba de altiplanicies andinas o de otras regiones de la república para imponer al Istmo la voluntad, la ley o el capricho del más fuerte, para traficar con la justicia o especular con el tesoro, y aquel tren de empleados, semejante a un pulpo de múltiples tentáculos, chupaba el sudor y la sangre del pueblo oprimido y devoraba lo que en definitiva sólo los panameños tenían derecho a devorar. Hicimos del Istmo una verdadera intendencia militar. Y cuando aquel pueblo de trescientas cincuenta mil almas tenía hombres de reputación continental como Justo Arosemena, notabilidades de primer orden y de popularidad casi irresistible como Pablo Arosemena y Gil Colunje, talentos e ilustraciones como Ardila, insignes diplomáticos como Hurtado y celebridades científicas de notoriedad europea como Sosa, los dejamos a un lado, los relegamos al olvido, en lugar de llevarlos al solio del Istmo para calmar la sed infinita de equidad y de justicia y satisfacer las aspiraciones legítimas de todos los panameños. Semejante proceder hirió el orgullo, la dignidad y el pa-

triojismo de todos los hombres esclarecidos del Istmo y fomentó y provocó el odio y la cólera de la masa popular. El resultado de todos estos errores lo estamos palpando hoy. Los últimos veinte años son para los panameños demasiado amargos y crueles, y ellos no querrán en lo sucesivo ser colombianos si han de continuar viviendo bajo un régimen que no les permita ser ciudadanos en su propio territorio.”

Esto dijo en ese entonces este insigne hijo de Colombia. Podremos nosotros pintar mejor la realidad? Absolutamente.

VII

Del escrito anteriormente copiado, manifestación sincera y espontánea de un legítimo hijo de Colombia, se deduce claramente cuál era el estado de nuestro Istmo antes de la separación y seis años antes de la fundación del Instituto. De este escrito se deduce que, MATERIALMENTE, no teníamos ciudades, ni caminos, ni puertos, ni agricultura, ni higiene, ni ganadería, ni industrias de ninguna clase; que, INTELECTUALMENTE, no teníamos universidades, ni maestros, ni colegios, ni escuelas aquí en la capital ni en ninguna otra parte del interior del país; que, ECONOMICAMENTE, carecíamos de Bancos, no se pagaban los sueldos a los empleados públicos, no producíamos ni exportábamos casi absolutamente nada, pasábamos hambre y vivíamos dentro de la mayor pobreza; y que, MORALMENTE, se sucedían los crímenes, los robos, los asaltos a mano armada y los vicios se propagaban de manera asombrosa. En pocas palabras, era tanto nuestro atraso, tanta nuestra miseria, y tantos nuestros sufrimientos, que bien podemos decir que en ese entonces vivíamos dentro de la más completa barbarie. Y por sobre todos estos atrasos y por sobre todos estos sufrimientos, ni una mirada compasiva, mucho menos de comprensión, para este pobre Istmo por parte de la grande e inmortal Colombia.....

Hoy, sin embargo, después de treinta y tres años de vida libre e independiente, todo lo vemos cambiado; todo. Tenemos hombres ilustres de reconocida fama, nacional y continental; poseemos escuelas en los más apartados rincones del país; hemos reducido enormemente nuestro porcentaje de analfabetismo; contamos con un profesorado y un magisterio excelentes; tenemos buenos puentes; bue-

nos caminos; grandes ciudades; numerosas instituciones bancarias radicadas en el país; exportamos regulares cantidades de productos de nuestro propio suelo; carecemos casi en lo absoluto de enfermedades contagiosas y las podemos controlar; contamos con excelentes hospitales e instituciones de caridad; hemos disminuido la delincuencia; aumentado la población; tenemos acueductos, electricidad, minas, comercio, pequeñas industrias; en fin, hemos progresado; hemos justificado nuestra emancipación y ante el mundo entero y en toda forma cada día defendemos más y más y con mayor acierto nuestra situación internacional.

En todos los aspectos humanos, pues, nuestro país ha sufrido una transformación benéfica bastante considerable. Su situación privilegiada, la influencia del capital norteamericano, y la FUNDACION DEL INSTITUTO NACIONAL, son las tres causas principales que hemos reconocido como fuerzas mayores en esta transformación. Como sería motivo de un tomo voluminoso el analizar detalladamente la forma en que ha influenciado cada una de estas causas en el engrandecimiento del Istmo, nos conformamos con concretarnos a una de ellas, a la fundación del Instituto, prometiendo, eso sí, si tenemos facilidades para ello, hacer más tarde un estudio amplio sobre el progreso general del país durante todo el tiempo que tiene de llevar vida independiente, desde luego que consideramos este trabajo algo de mucha importancia y de grandísima utilidad. Además, el tema que estamos desarrollando desea saber solamente la participación que en este progreso ha tenido el Instituto, y por ello, es de rigor que solamente a este asunto nos concretemos.

Veamos, pues, detalladamente, en qué forma ha contribuido el Instituto Nacional al progreso de la república, es decir, especifiquemos con precisión cuál ha sido su participación en este progreso, manifestado principalmente, como en todos los países y como anteriormente lo dijimos, en los aspectos MATERIAL, MORAL, ECONOMICO e INTELECTUAL.

VIII

Decíamos anteriormente que cualquiera que juzgara de manera superficial y por las ciudades de Panamá y Colón, diría que nuestro mayor progreso se ha efectuado en el aspecto material, pues, en verdad, en este sentido, hemos

sufrido un desarrollo asombroso. En crecimiento; belleza y sanidad resulta ridícula una comparación entre las ciudades de Panamá y Colón de antes de 1903 con las de 1937. Lo mismo resultaría con todo el país. Y si fuéramos a juzgar por el Canal que atraviesa al Istmo uniendo el Atlántico con el Pacífico y constituyendo la vía de comunicación más importante del mundo, la obra de ingeniería más portentosa de los tiempos modernos y el esfuerzo humano que se puede juzgar desde todos los aspectos progresivos como exponentia máxima de cultura de un pueblo, indiscutiblemente que en la historia no encontraríamos parangón alguno de tan asombroso progreso; pero como él no ha sido obra exclusivamente nuestra, y como sobre ello tenemos tanto que discutir, tanto que analizar y tanto que reclamar, es mejor que no lo tomemos en cuenta por lo que él en sí es y vale, sino por los efectos y repercusiones que ha tenido para nosotros y para el mundo. Y aún en este sentido, en lo que respecta a nuestro progreso material, sólo tomaremos en cuenta directamente de él sus beneficios sanitarios y la gran puerta que abrió para que penetrara al país el capital extranjero, especialmente el norteamericano, fuente mayor de nuestro progreso, pues en sus otros aspectos el Canal ha sido para nosotros los panameños una gran calamidad y un gran perjuicio. Más adelante trataremos de explicar mejor y con más amplitud en qué han consistido este perjuicio y esta calamidad.

Pero como para juzgar nuestro progreso material no vamos a considerar exclusivamente a nuestras principales ciudades y a una que otra obra sobresaliente, sino al país en general, es por ello indispensable que reconozcamos que en el aspecto que menos ha influenciado el Instituto Nacional en nuestro progreso, ha sido, sin lugar a dudas, en el aspecto material, no queriendo decir con esto, claro está, que esta influencia sea ninguna, desde luego que por el sólo hecho de haber lanzado a la lucha por la vida a más de un millar de graduados que se encuentran regados por todo el país y laborando todos en diversas actividades provechosas, es lo suficiente para comprender que de todas maneras esta influencia habrá tenido que dejarse sentir materialmente en alguna forma. Lo que queremos decir es que en este aspecto es en el que menos ha influenciado el Instituto ya que este campo de acción no es propiamente el suyo. El progreso material del país, recalamos so-

bre ello, se debe casi exclusivamente a la influencia del capital extranjero, especialmente a la del norteamericano, que, en forma de préstamos, Bancos y de Compañías Limitadas, en la América toda y diversas partes del mundo, ha encontrado campo fácil para su expansión, y que entre nosotros, por la situación céntrica del Istmo y por el Canal que lo atraviesa, este campo se ha hecho más propicio para raigambres más productivos.

El progreso material de nuestro país lo podemos juzgar por sus carreteras, sus puentes, puertos, acueductos, energía eléctrica y de gas, minas, SANIDAD, transportes marítimos y aéreos, pozos, edificios públicos y privados, industria, agricultura, ciudades y otros aspectos más de no menor importancia. Cómo y en qué forma ha influenciado el Instituto en todo este progreso?

Ciertamente que no vemos hasta dónde haya ello podido suceder; no vemos hasta dónde haya podido el Instituto influenciar en forma directa en todas y cada una de las faces que demuestran nuestro progreso material, y es por ello por lo que reconocemos que su influencia directa en este sentido ha sido mínima, siendo, sí, un poco mayor, en forma, como quien dice, indirecta, demostrada en la participación que gran número de ex-alumnos, graduados y no graduados, tienen en las diferentes y poderosas compañías nacionales y extranjeras que operan en el país, en la cooperación eficiente que prestan desempeñando puestos correspondientes en la maquinaria del Estado y en el celo que están demostrando en la conservación y engrandecimiento de las obras que poseemos y que han sido construídas casi con su completa exclusión.

En el aspecto material, pues, el Instituto ha tenido hasta la fecha muy poca participación en el desarrollo del país. El tiempo no ha sido todavía lo suficientemente largo para que pueda apreciarse el fruto de sus actividades materiales ni siquiera como consecuencia forzosa del progreso intelectual. Pero cuando se haya dejado sentir la influencia de ocho o diez mil graduados; cuando tengamos los frutos de la Universidad batiéndose en los campos todos de la vida, ya veremos entonces si con sus maestros, bachilleres, peritos mercantiles, médicos, abogados, financieristas, ingenieros, agricultores, químicos y topógrafos, que de todo esto habrá dado ya para esa fecha, habrá o no aportado contingente apreciable a nuestro desarrollo ma-

terial; ya veremos entonces lo que es el fruto de la instrucción en las actividades de un pueblo.

IX

Desde los primeros capítulos escritos y en casi todos los siguientes hemos manifestado, porque ello es así, que nuestro país ha progresado en todos los aspectos humanos, y hemos comenzado a detallar este progreso en sus principales manifestaciones que son: en lo Material, en lo Económico, en lo Moral y en lo Intelectual. Lo que a nuestro juicio se relaciona con nuestro progreso material ya lo hemos expresado con la amplitud que hemos podido en el capítulo precedente, y tócanos ahora referirnos en la misma forma a la parte económica, parte esta que para nosotros los panameños es más importante de lo que en realidad parece y a la que no es sino hasta ahora cuando comenzamos de veras a dedicarle toda la atención y todos los cuidados que ella requiere. Y eso, porque las circunstancias nos han obligado.

Relacionando nuestro progreso económico con la influencia que en él haya podido tener el Instituto Nacional, indiscutiblemente que de esta influencia pudiéramos decir lo mismo que hemos dicho con respecto a la que ha tenido en el progreso material, ésto es, que ha sido mínima y sin importancia alguna; pero como tenemos el convencimiento de que ello no es así, sino que, por el contrario, ella ha sido de variada índole, vamos, por tal razón, a exponer nuestra manera de ver las cosas en este sentido, y tratando de enfocar la realidad de la situación y lo estrictamente verdadero de las causas que la han motivado, aunque nuestro parecer sea contrario al de muchos, quizás al de los más, no por ello dejaremos de exponerlo, sino que, antes bien, apelaremos a todos los recursos demostrativos que nos queden a mano y haremos todo lo posible por probar que nuestras aseveraciones están en lo cierto y que no se apartan un ápice de la verdad.

Si se tiene en cuenta, y téngase bien presente este condicional, que el progreso económico de un país se manifiesta por el incremento que en él hayan tomado las industrias, por la explotación que se haya dado a sus riquezas naturales, por la justificación de los impuestos y contribuciones que pesan sobre los ciudadanos, por el número y valor de sus entradas, por su crédito y por su solvencia para vivir, indiscutiblemente que tenemos que a-

ceptar que en el sentido económico, nuestro país, desde su independencia hasta la fecha, mucho ha progresado. Antes de la independencia los dineros todos del Istmo iban a parar a las arcas y bolsillos colombianos; no teníamos sucursales de Bancos extranjeros poderosos; las industrias ni siquiera comenzaban a desarrollarse; nuestro comercio marítimo era ninguno; no teníamos turismo, ni anualidades del Canal, ni renta de la posteridad, ni entrada fija de ninguna especie; no se pagaba con puntualidad a los empleados públicos; no teníamos moneda propia y la que cursaba carecía de verdadero valor debido a la inestabilidad de los Gobiernos; y, en fin, era tal nuestra situación económica, tal nuestra pobreza y tal nuestra miseria, que, para nosotros, ello constituye la mayor justificación para que nuestros próceres hubieran conseguido la emancipación del Istmo al mayor de los precios y a costa del más grande de los sacrificios. La situación económica del Istmo en ese entonces constituye la justificación mayor que las presentes generaciones encontramos para que los padres de esta patria hubieran aceptado un Tratado del Canal tan bárbaro e inconsecuente como el que actualmente regula el funcionamiento de esa vía y establece las relaciones de la República de Panamá con la República de los Estados Unidos de Norte América.

Este era el estado de la economía nacional a raíz de nuestra separación de Colombia y durante casi todo el tiempo que transcurrió antes de la fundación del Instituto Nacional. Hoy, sin embargo, esa situación la vemos bastante cambiada. Tenemos industrias bastante desarrolladas como la de la caña, con el azúcar y el alcohol; la de las pastas alimenticias, pastillas, sombreros, zapatos y vestidos; exportamos en cantidades crecidas numerosos productos de nuestro propio suelo como maderas, pieles, tagua, cacao, oro, conchas, perlas y bananos; las instituciones bancarias mayores del mundo tienen sus Sucursales radicadas en el Istmo, como el Royal, el Chase, el National City Bank; poseemos entradas muy justificadas como las anualidades del Canal y las rentas de la posteridad, y contribuciones muy lógicas como el impuesto comercial, de degüello, consumo de alcoholes, muelles y timbres; contamos con poderosas instituciones de crédito como el Banco Nacional, la Lotería y el Ferrocarril de Chiriquí; se paga con puntualidad a los empleados públicos; tenemos moneda propia estrictamente garantizada; por sobre todos los inconvenientes se construyen obras de positiva utilidad en todo el país; no existen entre nosotros

las grandes acumulaciones de riquezas que por lo regular dan origen a las grandes miserias; y, en fin, tantas otras cosas que patentizan a primera vista nuestro progreso económico que es imposible que de él se pueda tener la menor duda mientras no se analice a fondo y con mucha serenidad.

Pero ahora bien: cómo, en qué forma y hasta qué punto ha influenciado el Instituto en todas y cada una de las manifestaciones de este progreso? He aquí las preguntas que a nosotros nos parecen fáciles de contestar, y las contestamos, manifestando, rotunda y categóricamente, que esta influencia no sólo no ha sido mínima, sino que, ello es cierto, ha sido ninguna, lo que se llama absolutamente ninguna. No sólo no ha sido mínima como en el aspecto material, sino que, hasta si bien se quiere, ha sido bastante perjudicial para los intereses del país en cuanto a economía del Estado se refiere. Pero con esta manifestación no se vaya a creer que el Instituto ha tenido la culpa; no; muy lejos de ello. "Culpa es del tiempo y no de España", como dijera alguien; el Instituto cumple estrictamente su misión, de acuerdo con su programa, de lanzar a la vida a jóvenes preparados en todas las formas para la lucha por la existencia; que el Estado no haya sabido aprovechar las ilusiones, conocimientos y energías de estos jóvenes y haya permitido que ellos, en vez de un alivio, constituyan una carga para la economía nacional, culpa no es del Instituto, sino del Estado. Pero no sigamos en la comprobación de esta idea; dejémoslo para más adelante y entremos mejor a la consideración estricta que merece el progreso económico del país, es decir, estudiemos ese progreso desde el punto de vista de otro condicional y veamos entonces si nos cabe decir a la faz del mundo que nuestro progreso económico es cierto y efectivo. Veamos.

Si tenemos en cuenta, y téngase ahora presente este otro condicional, que la nación tiene actualmente una deuda de casi veinte millones de balboas; que tiene hipotecadas por tal motivo las mejores de sus rentas; que el dinero que paga en concepto de amortización e intereses va a parar todo a países extraños mientras nosotros pasamos hambre; que esta carga pesará por muchos años sobre las generaciones venideras que ninguna culpa tienen; que la vida de nosotros depende casi en lo absoluto del extranjero puesto que importamos la inmensa mayoría de lo que consumimos; que el Canal, contra todos los principios de moral y de justicia, trata de perjudicarnos en to-

da forma; y, en fin, si se tienen en cuenta los grandes derroches de dinero habidos durante las administraciones pasadas, podremos acaso decir que nuestro país ha adelantado económicamente?; podremos estar orgullosos de lo que aparentemente da la impresión de un verdadero progreso económico?; no vemos lo caro que nos está costando nuestro progreso material? Sí; tenemos que reconocerlo; no hay que ser ingenuos ni hacerse los ciegos sólo porque la realidad no nos conviene; tenemos que aceptar que económicamente nuestro país no ha progresado nada, absolutamente nada, sino que, por el contrario, cada día ha ido a menos y más a menos, para atrás y más para atrás.

Verdad es que en años anteriores, cuando la construcción del Canal, cuando la conflagración europea, cuando conseguíamos prestados con tanta facilidad los numerosos millones que hoy son para nosotros carga tan difícil de llevar, vivíamos más o menos una vida holgada y llena de comodidades y halagos; es verdad que en ese entonces parecía risueño el porvenir de nuestro Istmo; es verdad que el Canal se nos antojaba entonces nuestra futura redención. Pero hoy nos hemos convencido de que en aquel tiempo vivíamos de espejismos; nos alentaban las ilusiones; soñábamos.... Hoy hemos despertado de ese sueño; sus encantos maravillosos se han desvanecido; han desaparecido aquellos espejismos; se han muerto todas esas ilusiones; nos agitamos en medio de la más amarga y triste realidad. Y no se diga que nuestra situación económica es sólo el reflejo de la gran crisis mundial, pues aunque esta crisis es cierta, cierto es también que su repercusión entre nosotros, que nada sabemos, que nada producimos y que ninguna precaución hemos tenido, tiene por fuerza que ser de mayor acentuación. Hoy podemos darnos cuenta de que, relativamente, producimos menos, consumimos más, han aumentado nuestros gastos, disminuido nuestras entradas, y, para colmo de males, el Canal compete abiertamente con nuestro comercio. Y en qué forma, Dios mío.....!; en qué forma.....

El Canal causante de nuestro malestar económico.....; quién lo hubiera creído.....! Cuando de acuerdo con especificaciones claras y terminantes del Tratado respectivo la Zona debe estar completamente excluida del comercio extranjero; cuando es justo y razonable que los panameños gocemos de las ventajas de nuestra posición geográfica; cuando el sacrificio que hemos hecho de dejar abrir las entrañas de nuestro istmo, debiera redundar, a más de

en provecho del mundo, especialmente en nuestro propio provecho, he aquí que, ese mismo Canal, lo que a nosotros se nos había antojado, sin prejuicios de ninguna especie, nuestra redención futura, introduciendo toda clase de artículos sin pagar ningún derecho, comerciando con todos los barcos que lo cruzan y ejerciendo toda clase de actividades lucrativas que le están estrictamente prohibidas, está siendo para este pobre país una de sus más grandes calamidades.....! Quién lo hubiera creído.....; “cosas verdades, Sancho.....”

Pero no nos alejemos del tema; volvamos a él. Con lo expuesto últimamente en este capítulo creemos haber probado que económicamente la república no ha progresado absolutamente nada. Pero, para por si acaso no hemos sido lo suficientemente convincentes, como bien puede suceder, rogamos al lector lea la Memoria que el Secretario de Estado en el Despacho de Hacienda y Tesoro, don Darío Vallarino, presentó a la Honorable Asamblea Nacional en sus sesiones ordinarias de mil novecientos treinta y dos y en uno de cuyos párrafos dice: “Si comparamos los calamitosos tiempos de hoy con las condiciones en que el país se encontraba hace siete lustros, nos daremos cuenta de que, económicamente mucho hemos perdido”. En esa Memoria, informe oficial del Estado, con cuadros explícitos, datos verídicos y demostraciones contundentes, podrá el lector convencerse de lo cierto de nuestras afirmaciones.

Si es cierto, pues, que económicamente no hemos progresado nada, sino que, por el contrario, cada día el país se ha hundido más y más en la miseria, cómo decir que el Instituto ha tenido participación en este asunto?; sería ello acaso algo honroso para él?; cómo decir que ha tenido participación en esta bancarrota?; cómo decirlo? No; el Instituto no ha tenido en ésto la menor participación como influyente directo; él no ha intervenido en ninguna forma en las actividades financieras ni en los movimientos económicos de la república. Nosotros consideramos que esta situación calamitosa por la que atraviesa hoy la nación se debe exclusivamente casi, y ésto no es un cargo, a los hombres mayores del país que han tenido siempre entre sus manos las riendas del Estado y la dirección y gobierno de los asuntos públicos. Nosotros consideramos que nuestro mal económico de hoy tiene sus raigambres principales en las actividades pasadas de desenfreno y de falta de previsión. Si se tiene en cuenta que de los ex-alumnos del Instituto ninguno ha sido toda-

vía Presidente de la República; que apenas unos cuantos han llegado a Secretarios de Estado; que ninguno ha ocupado la Procuraduría General de la Nación, ni la Magistratura de la Corte, ni Ministerios en países extranjeros de manera titular, ni otros puestos sobresalientes de la administración, cómo habrá podido él ser influyente directo en esta situación? Los puestos más destacados que hasta la fecha han ocupado ex-alumnos del Instituto en la administración pública de manera un poco más duradera, son los de Diputados a la Asamblea Nacional y Sub-Secretarios de Estado, y ésto en número muy reducido, tan reducido, que es imposible que la influencia del plantel por este medio haya podido ser considerable.

Pero nosotros queremos ser estrictamente sinceros en el desarrollo de este tema, y así como reconocemos que el Instituto no ha tenido participación benéfica en la situación económica del país, reconocemos también, como ya lo dijimos anteriormente, que él, sin intenciones preconcebidas, claro está, ha ayudado a que esta situación se empeore. Y si no, que lo digan todos los maestros, bachilleres, peritos mercantiles y demás graduados en sus aulas. No han sido ellos hasta la fecha una carga para el Estado?; de qué se han ocupado?; no han deseado todos vivir de los empleos públicos?; han osado irse a cultivar el campo, dedicarse a la agricultura, al comercio, a la ganadería o a otras actividades de provecho económico para la nación? No; a nadá de ésto se han dedicado; nada de ésto han hecho, y, naturalmente, ello ha redundado en perjuicio de la economía nacional. Pero rotunda y categóricamente repetimos que ellos no tienen la culpa; como tampoco la tiene el Instituto, sino que toda le corresponde al Estado, a los hombres mayores que han dirigido siempre la nación y que no se han preocupado por el desarrollo de las industrias, por el fomento de la agricultura, ni por nada verdaderamente de valor en qué aprovechar las energías vitales, ilusiones y conocimientos de los jóvenes que todos los años lanza a la lucha por la vida el Alma Mater de la cultura nacional. El Instituto cumple su misión; que no se sepa aprovechar sus rendimientos, nos parece que suya no es la culpa; allá el Estado que tendrá que cargar con la responsabilidad toda de no haber llenado oportunamente el cometido que le corresponde en las sociedades modernas y de acuerdo con la evolución de los tiempos.

Es ésto, pues; cuanto tenemos que decir de nuestra situación económica y de la participación que en ella ha

tenido el Instituto Nacional. Creemos que estamos en lo cierto al hacer las anteriores afirmaciones, y ojalá ellas no se tomen como una crítica, ya que no es nuestra intención molestar ni perjudicar en ninguna forma, sino que sólo nos concretamos a hacer insinuaciones que consideramos indispensables en el desarrollo de nuestro tema y encaminadas más bien a hacer que el Estado cumpla dignamente su cometido y haga lo posible por llevar a nuestros jóvenes hacia el campo, ya que es allí donde está nuestra futura redención económica y ya que "Si es verdad que las ciudades de Panamá y Colón constituyen nuestras más ricas joyas, no son, por cierto, todo nuestro tesoro."

X

Pensábamos ahora detallar la influencia que el Instituto Nacional ha ejercido en el adelanto Moral del país y haber detallado luego esta influencia en el aspecto progresivo Intelectual; pero como consideramos que lo uno es consecuencia lógica y directa de lo otro, preferimos mejor seguir lo que para nosotros constituye la ilación ordenada y consecuencial de ideas y acontecimientos, y así, después de haber relacionado al Instituto con los aspectos Material y Económico de la república, continuaremos nuestra labor relacionándolo con el aspecto Intelectual y terminaremos detallando su influencia en el aspecto Moral.

La contribución que ha aportado el Instituto al progreso Material del país la hemos considerado mínima, y la que ha aportado a la parte Económica, no sólo la hemos juzgado ninguna, sino que hasta hemos probado que ha sido perjudicial para nuestra economía. Pero no así se nos presentan las cosas en los aspectos Intelectual y Moral, aspectos éstos en los que el país ha sufrido en mayor grado un avance progresivo innegable y en los que ha tenido campo de acción expedito el Instituto Nacional. En estos dos aspectos es en los que hemos probado que merecemos la independencia y con los cuales nos hemos hecho acreedores al respeto y a las consideraciones del mundo.

Dejemos para detallar últimamente, pues, nuestro progreso moral y la participación que en él ha tenido el Instituto; concretémonos en este capítulo a la parte Intelectual; historiemos nuestra instrucción desde su comienzo hasta la fecha y veamos la parte que le corresponde al

Instituto en este aspecto de nuestra vida republicana. Queremos en este sentido ser igualmente lo más explícitos y verídicos que podamos por lo que hemos consultado numerosas obras y apelado al testimonio de personas autorizadas, y en esta forma hemos logrado recopilar mayor número de conocimientos y aumentar los que nos habían proporcionado nuestras observaciones y nuestra propia experiencia. Por ello, si somos un poco extensos en este capítulo, pedimos excusas al lector y de antemano le manifestamos nuestro agradecimiento por toda su benevolencia.

No hemos tenido que investigar mucho sobre el estado intelectual del Istmo antes de la separación de Colombia; ya esta época de nuestra vida ha sido historiada con eficiencia por varios de nuestros hombres eminentes y de ella nos ha hablado muy claro el autor colombiano cuya cita anteriormente transcribimos. Si en esa cita el mencionado autor reconoce que ni siquiera "en las ciudades verdaderamente cosmopolitas del Istmo se fundaron escuelas nacionales en donde aprendieran los niños la religión, idioma, historia y amar a la patria colombiana", qué iba a esperarse sucediera con las demás partes del país?; cómo andaría eso por esas regiones? De esa cita se deduce cuál era en ese entonces nuestro estado intelectual. De ella sacamos que en ese tiempo en el istmo imperaba el obscurantismo, la barbarie, la ceguera intelectual, la ignorancia más completa. Están frescos todavía en nuestras mentes los recuerdos de aquellas épocas: no se han apartado de nuestra memoria las horas aquellas en las que en casi todo el territorio que hoy forma la república el saber leer era una maravilla y el ser ilustrado un hecho sorprendente y casi milagroso; aún recordamos los tiempos aquellos en los que en nuestros pueblos tener un maestro era una felicidad enorme y ver una década de niños reunidos en un tugurio llamado escuela era la más rara de las sorpresas y la más justificada de las glorias. No se irán muy fácil de nosotros los recuerdos de aquellos días.

Según el Dr. Octavio Méndez Pereira, la instrucción pública en Panamá ha tenido varias épocas en cada una de las cuales ha experimentado desarrollo halagüeño o decadencia manifiesta. Reconoce este autor que nuestra instrucción ha tenido un origen monástico, origen éste del cual, estamos con él, debemos mostrarnos agradecidos y satisfechos ya que por su medio han llegado hasta noso-

tros las experiencias culturales de nuestros antepasados. Explica asimismo que durante la Colonia, aunque en términos generales la instrucción era miserable, tuvo, sin embargo, un desarrollo bastante crecido; que en la época del Departamento del Istmo, decayó nuevamente; que en la del Estado Federal, adquirió un resurgimiento satisfactorio con la labor de don Manuel José Hurtado y de otros educadores entusiastas como Lasso de la Vega y Nicolás Victoria; y que en la época del Departamento Nacional, por motivos políticos y debido a las cruentas guerras civiles, sufrió la más dura prueba y la más grande de las decadencias para volver a surgir de manera efectiva y para siempre con el advenimiento de la república.

Sgún hemos podido comprobar, allá por el año de mil novecientos había en todo el país tan sólo ciento veinte escuelas con una matrícula de cinco mil alumnos; y en el año de mil novecientos ocho, cinco después de haber sido proclamada la independencia y uno antes de la fundación del Instituto, ese número había aumentado a doscientas veintidós escuelas, con una matrícula de doce mil alumnos y con un total de trescientos noventa y seis maestros de los cuales sólo sesenta y dos eran graduados. Como nuestra instrucción desde su origen era monástica y como todavía para ese tiempo no se conocían los adelantos pedagógicos modernos, la disciplina y la orientación que la impulsaban eran completamente deficientes y totalmente rudimentarias. La falta de personal docente, de locales escolares adecuados y de medios convenientes de enseñanza, hacía que nuestra obra educativa, como quien dice, ni siquiera comenzara a desarrollarse. No teníamos en ese entonces Planes de estudio ni Programas de Enseñanza que sirvieran de base fundamental a nuestra educación; el profesorado y el magisterio que existían estaban completamente faltos de preparación y todo lo que se relacionaba con la instrucción pública no valía la pena de tomarse en cuenta.

Hoy, como todos lo podemos ver, las cosas se nos presentan de distinta manera. Debido al sabio precepto constitucional que establecieron los constituyentes de hacer la instrucción primaria gratuita y obligatoria, grandísimo es el paso que el país ha dado en este sentido. Este precepto ha obligado a nuestros Gobiernos a que se desvelen por el adelanto intelectual de la nación. La instrucción pública ha sido causa de grandes preocupaciones por

parte de nuestros dirigentes y ello ha hecho que desde nuestra separación hayamos tenido un avance progresivo continuado. Siempre hemos ido en línea ascendente hasta colocarnos en el lugar sobresaliente en que hoy nos encontramos.

Pero aunque mucho es lo que hemos adelantado, es verdad, mucho es todavía lo que nos falta por avanzar y muy lejos estamos de haber completado nuestra obra en materia de educación. Los adelantos que en este sentido podemos ofrecer hoy al mundo y de los cuales podemos mostrarnos orgullosos, muy lejos están de constituir algo acabado y definitivo; qué va...! Aunque en verdad hemos andado con botas de siete leguas, es muy largo todavía el trayecto que nos falta por transitar; pero ya llegaremos.

Después de treinta y tres años de vida independiente y de veintiocho de fundado el Instituto, es el siguiente el estado de nuestra instrucción pública: tenemos una matrícula de más de setenta mil alumnos de los cien mil y tantos que forman nuestro censo escolar; contamos con más de quinientas escuelas, con numerosos colegios y con más de mil quinientos maestros de los cuales más de mil cuatrocientos son graduados; el personal docente de estas escuelas y colegios es completamente eficiente y rinde sus labores con la más estricta honradez y con la mejor buena voluntad; existen escuelas superiores de importancia, oficiales y privadas, que todos conocemos por su buen crédito y por lo provechoso de sus rendimientos: circulan revistas y periódicos de exquisito valor educativo y contamos con libros de texto escogidos y magníficos que a más de prestar utilidad máxima en la enseñanza, están contribuyendo a enriquecer la bibliografía nacional; tenemos escuelas de agricultura, de pintura, de canto y declamación, nocturnas y correccionales, y normales rurales con las que últimamente estamos impulsando nuestra enseñanza hacia campos más prácticos y con orientaciones ideológicas más de acuerdo y más en consonancia con nuestras necesidades y con las exigencias económicas mundiales; existen parques escolares y museos bien acondicionados y ricos, y los teatros todos del país cooperan dignamente en la obra educativa nacional; tenemos una imprenta de la nación que colabora activamente con el departamento de instrucción pública; Bancos de Ahorros Escolares que inculcan en nuestros jóvenes el hábito de la economía como base indispensable para toda riqueza y como medio más fácil de

poder contribuir a la consecución del bienestar común; numerosos edificios para escuelas recientemente construidos, en la capital y en todo el interior del país, que consultan todos los adelantos pedagógicos modernos; el material de enseñanza que se usa en las escuelas, si no es del todo eficiente, sí es lo suficientemente adecuado y completo para que con él pueda lograrse los rendimientos que nos proponemos; nuestros programas de enseñanza y planes de estudio han respondido a nuestras necesidades, y a medida que las circunstancias lo exigen, convenientemente los vamos reformando de acuerdo con nuestro progreso y según las exigencias evolutivas de los tiempos; tenemos numerosos profesores y hombres de ciencia graduados en el extranjero que están llenando dignamente su cometido en nuestra incipiente sociedad; nuestra organización escolar es buena y puede responder a las más sabias iniciativas que queramos ensayar o poner en práctica de manera definitiva; hay armonía y sinceridad en el nombramiento y en las relaciones de todo el personal docente de nuestras escuelas y colegios; las finanzas escolares corresponden bastante a todas las necesidades del momento y son proporcionalmente suficientes para lo crítico de la hora económica actual; con la suma que se asigna en el presupuesto y con la contribución de los Municipios, es en el departamento de instrucción en el que más dinero gasta el Estado panameño; tenemos leyes muy buenas que regulan la marcha de la enseñanza y que favorecen grandemente a todos los educadores; leyes que garantizan la estabilidad del maestro, que regulan su jubilación y su ascenso y que les concede auxilios especiales en armonía con su apostólado; existe una sociedad de enseñadores que labora con ecuanimidad, que cuenta con su casa propia y que tiene fondos suficientes para muy provechosas actividades; la coeducación nos ha dado satisfactorios resultados económicos y sociales y la mujer comienza ya en Panamá a conquistarse el lugar que le corresponde en la sociedad; y, en fin, tantas y tantas otras manifestaciones que patentizan nuestro adelanto intelectual, que nos obliga, no sólo a no tener de él dudas, sino a encontrarnos satisfechos y orgullosos.

Este es, pues, el estado en que se encuentra ahora mismo nuestra instrucción pública, estado éste que, si no llena todas nuestras aspiraciones, por lo menos sí nos tiene bastante regocijados y llenos de justa satisfacción. Y

llega ahora el momento de preguntarnos: en todo este engranaje educativo, en todo este avance hacia el progreso, en toda esta conquista realizada en la rama del saber, en dónde está la obra del Instituto Nacional?; en dónde está su influencia en este progreso intelectual del país? Allá vamos.

Desde su fundación hasta la fecha, poco más de un cuarto de siglo, son varios los miles de jóvenes que en calidad de alumnos ha recibido en sus aulas el Instituto Nacional. De todos estos alumnos el Instituto ha lanzado a la vida con sus Diplomas bajo el brazo a un total de más de mil seiscientos graduados, y lo que comprueba que su labor ha sido fructífera, y más que halagadores sus resultados si se tiene en cuenta que todos estos graduados están participando dignamente en el desarrollo cultural del Istmo. Si la República de Panamá fuera un país con una población de varios millones de habitantes y con más de un siglo de existencia como nación independiente, habría razón para juzgar insignificante y mínima esta obra. Pero en un país como en el nuestro, en el que apenas si viven medio millón de almas y el que escasamente cuenta con treinta años de vida independiente, no es acaso satisfactoria la labor de este plantel y no es acaso de fácil cálculo su influencia en nuestro progreso intelectual?; no estamos palpando los beneficios de sus labores? Sí; todos los panameños estamos a este respecto muy satisfechos y orgullosos. Los alumnos del Instituto, especialmente los graduados, han tenido en el desarrollo intelectual y cultural del país una influencia preponderante. Es en el aspecto intelectual en el que su crédito ha aumentado cada día a paso de gigante. En el estado de adelanto intelectual en que se encuentra hoy día el país y que en este capítulo describimos, está enormemente medida la influencia del Instituto Nacional. La disciplina, bases y orientaciones que los Jefes del Ramo han dado a nuestra enseñanza han sido de fácil aplicación y han rendido tan satisfactorios resultados debido exclusivamente casi a la aptitud del elemento que había de llevarlo directamente a la práctica, y este elemento ha salido casi todo del Instituto, o mejor dicho, el elemento que ésta labor ha dirigido en su aplicación directa, ha salido casi todo de las aulas de este plantel. Es a ellos a quienes se les ha encomendado siempre esta misión y ellos han sido los que han dirigido su aplicación inmediata y eficaz.

Además, numerosas han sido las iniciativas que estos elementos han aportado a la enseñanza y con las que han contribuido a colocar a la República en su pie intelectual superior, y ya en las diferentes oficinas administrativas del Estado, ya en el ramo propiamente de instrucción, en el de la enseñanza privada y en las otras actividades sociales de la vida panameña, los alumnos del Instituto han tenido una brillante actuación y siempre han sabido colocar muy en alto el nombre del plantel.

Pero vamos al campo de la enseñanza propiamente dicho: concretémonos al terminar este capítulo a la influencia del Instituto en el ramo del saber, y así, con la mayor sencillez del mundo, permítasenos preguntar: ignora acaso algún panameño la labor que en el campo de la educación nacional han realizado y están realizando los casi mil maestros graduados que ha lanzado el Instituto a la lucha y que se encuentran regados y metidos hasta en los lugares más apartados y montañosos de la República? Nos es acaso imposible calcular los miles y miles de niños a quienes estos maestros han inoculado el germen del saber, a los cientos y cientos de adultos que han sacado de la ignorancia y las decenas de decenas de establecimientos escolares que ellos han obligado a fundar? No; nada de ésto ignoramos; nada de ésto nos es de difícil cálculo; las estadísticas nos lo están diciendo, y al tanto estamos, con los más chicos detalles, de toda, absolutamente toda nuestra situación intelectual. Por estas estadísticas sabemos que debido a la instrucción que imparten los maestros en toda la República, especialmente los graduados, nuestro porcentaje de analfabetismo ha disminuído enormemente; que el número de escuelas se ha sextuplicado; que el de crímenes horrendos tiende a desaparecer; que las cárceles cada día se hacen menos necesarias; que nos hemos hecho más aptos para el aprovechamiento de las experiencias culturales extrañas; y, en pocas palabras, que nuestra instrucción y nuestra moral han recibido una transformación favorable como muy pocas veces ha sucedido en muy pocos países de la tierra.

Además, el Instituto ha tenido otras actividades intelectuales de manifiesta importancia. En sus aulas se han celebrado centenares de conferencias ilustrativas; se han organizado Concursos de variadas índoles; en su Aula Máxima se ha escuchado la palabra autorizada de muchas celebridades mundiales, y otras manifestaciones edu-

nifiesta más palpablemente el progreso de un pueblo, esto es, a la forma MORAL.

Abordar el tema escabroso de la moralidad, es, en el sentido que ello se haga, una tarea en verdad bastante ardua y por demás difícil, y concretarse con exclusividad a tratar la moralidad de un pueblo, es, ciertamente, exponerse a transitar por los terrenos movedizos de las incertidumbres y de los desaciertos. Y tanto más difícil es esta empresa cuanto que el encargado de realizarla reconoce su incapacidad para hacerlo y lleva de antemano el presentimiento de errar y de enfocar falsas apreciaciones, y con mucha más razón, cuando, sobre el particular, tiene sus ideas propias y sus sentimientos característicos extraídos del trato con sus semejantes y obtenidos como consecuencia lógica de las tantas injusticias que se observan y de los tantos absurdos y estupideces que rigen la vida de los hombres.

Si la moral es uno de los temas más escabrosos de la Filosofía y si pensadores como Kant, Compayré, Berthelot, Duprat, Foullere y otros, no han logrado tratarla con exactitud, qué, que valga siquiera la pena podemos pretender nosotros? Con sinceridad reconocemos que labor pesada y difícil tenemos por delante; pero confiamos en que algo se puede hacer que parezca bien, aunque sea en contra de nuestro propio sentir y pensar, y aunque en esta labor tengamos que actuar bajo el mandato imperativo del pensar, y del sentir ajenos obligados

dos sean nuestros errores, y si llegamos a decir lo cierto a extremo de merecer elogios, gracias sean dadas al lector.

Hablar de la Moral es tanto más difícil cuanto que ella, como bien se ha comprobado, es relativa y constituye no más que el producto regular de las distintas sociedades, en tal forma, que sus reglas no son fijas ni eternamente ciertas, sino que, como las de toda ciencia, evolucionan y cambian de acuerdo con las latitudes y las épocas. Por ello, quien pretenda definirla con amplitud y fijeza, no sólo no logrará su empeño, sino que, de seguro, tropezará con los más grandes inconvenientes y caerá en los mayores desaciertos. Esta apreciación sincera de nuestra parte nos ha obligado a hacer, antes de comenzar este capítulo, numerosas consultas y estudios que nos han llevado a la conclusión de que, para tratar nuestro progreso moral enfocando la participación que en él haya podido tener el Instituto, no nos queda más recurso que desechar todo maremágnum de ideas, de apreciaciones y de principios que en teoría abarca la palabra moral y concretarnos a lo exterior, práctico y más comprensible del término. Esta apreciación nos obliga a que nos concretemos a relacionar al Instituto y a nuestro país con aquella parte práctica y con aquellas manifestaciones reales de esta ciencia que sientan sus fundamentos en la observancia del bien, en el cumplimiento estricto del deber y en la recompensa que como consecuencia de estos dos principios cada cual merece por sus actividades dentro de la sociedad en que se agita. En esta forma, esperamos que sea más fácil nuestra labor, más comprensibles nuestras ideas y mejor apreciadas nuestras conclusiones.

La moral, fruto genuino de las actividades humanas, ésto es, la moral social, relaciona y liga al individuo para consigo mismo, la familia, la sociedad en que actúa, el Estado, la Patria y el universo entero. De aquí que siempre, a pesar de los cambios y de las interpretaciones que a ella se dé, tenga, sin embargo, un fin específico y determinado, como es, el de hacer el mayor bien posible a nuestros semejantes sin causar a nadie el menor perjuicio.

Según nuestro humilde criterio, la moral social, tanto entre nosotros como en cualquier otra parte del mundo, para su más fácil entendimiento, puede estudiarse

duo consigo mismo, su familia y sus semejantes inmediatos; la que lo une con el Estado y la patria; y la que lo une desde tres puntos de vista, a saber: la que une al individuo con el universo entero. Al hablar de la moral panameña, cuyo progreso hemos aceptado ya, no tomaremos al individuo o a los individuos aislados ni a nuestra sociedad en particular, sino que, naturalmente, los ligaremos al conjunto de las sociedades mundiales a base de la solidaridad y de la interdependencia social, y así, nada es de extrañar que, para muchos, si no para todos, algunas de nuestras apreciaciones, si no todas, se alejen en lo absoluto de la realidad; pero estamos inspirados por nuestra sinceridad y por nuestro deseo de laborar, motivo por el cual lo hacemos.

Desde estos tres puntos de vista, pues, en qué estado se encontraba la moral del pueblo panameño antes de la independencia y antes de la fundación del Instituto Nacional?; qué reglas nos regían?; qué sentimientos inspiraban nuestros actos? Allá vamos.

Teniendo en cuenta que el Siglo Veinte ha sido llamado el Siglo de las Luces y teniendo en cuenta también que ya hemos probado que antes de la independencia nuestra civilización llegaba casi a los límites de la barbarie, en cuanto a lo que a nuestra moral de aquella época se refiere, nada es de extrañar que se cometieran en ese entonces los más atroces crímenes, los más audaces robos, los más inauditos atentados contra la dignidad y el pudor y las más grandes arbitrariedades políticas; que tuvieran raigambres muy profundas las creencias más absurdas, las ideas más descabelladas, las prácticas más intemperantes y que toda nuestra sociedad se rigiera por un cúmulo de principios y de observancias que han evolucionado y que hoy sólo se recuerdan como testimonios casi increíbles de barbarie y de ignorancia. Vestigios de esclavitud, pena de muerte, indisolubilidad del matrimonio, fanatismo religioso, revoluciones inesperadas, golpes de cuartel, desconocimiento de los derechos ciudadanos, homicidios, suicidios, robos y muchas otras prácticas absurdas imperaban en el desenvolvimiento de nuestra vida social; se tenía una noción muy extraña del concepto de patria y del estado; no se procuraba hacer el bien por el bien mismo, sino por el deseo de las recompensas, y éstas nunca eran merecidas y justas sino las más de las veces compradas o ganadas a base de amenazas y

de temor; los castigos eran bárbaros e inauditos y todo se perseguía menos la reforma sincera del delincuente. En pocas palabras, el estado de nuestra moral era completamente rudimentario.

Hoy, las cosas se nos presentan de distinta manera. Con el advenimiento de la república todo ha cambiado de especie, de rumbo, de color; y con la fundación del Instituto y de otros centros educativos de importancia, en cuanto a moral se refiere, las cosas han llegado, como quien dice, a su lugar correspondiente. Al fundarse la república y constituirse el Estado Panameño hubo un viraje casi completo en la vida social del istmo, y este viraje, como bien creemos haberlo dicho ya, tuvo mayor efectividad por el deseo constante de los istmeños de instruirse lo más posible desde luego que han tenido siempre el convencimiento de que la base de todo progreso, especialmente del progreso moral, es la instrucción. Por ello, ninguna sorpresa nos causa el progreso moral de nuestro pueblo, que, aunque muchos no lo aceptan, sí se manifiesta muy palpablemente después de análisis desapasionados y serenos. El progreso de nuestra moral es consecuencia lógica y forzosa de nuestro adelanto intelectual y no de otra manera podíamos esperarlo cuando ya el Instituto y demás centros educativos han correspondido dignamente a nuestros deseos.

De la vida social panameña en cuanto a las relaciones actuales de los individuos para consigo mismo, para con la familia y para con sus semejantes inmediatos se refiere, podemos decir lo siguiente: el cumplimiento del deber es sentimiento ya bastante inculcado en el espíritu de la nación panameña y las leyes y demás principios que regulan nuestra manera de vivir responden eficazmente a las exigencias de las épocas; no existen los secuestros humanos, ni los asaltos por las calles, ni el gánsterismo, ni el robo en su más alta expresión; los vicios, que en todas las sociedades corren parejas con la civilización, entre nosotros, relativamente, no aumentan de manera considerable; la esclavitud no existe en ninguna de sus facetas; la pena de muerte ha sido abolida por completo; los castigos son más humanos; las cárceles se están modernizando; la virtud y el bien se recompensan lo más debidamente posible; ha desaparecido el cuatreroismo; la mayoría de la población es cuerdamente religiosa; y, en pocas palabras, todos hacemos lo posible porque

nuestros actos se ciñan totalmente a las más estrictas normas que exigen el bien, el cumplimiento del deber y las buenas costumbres.

De la vida social panameña en cuanto a las relaciones de los individuos para con la patria y el Estado se refiere, podemos hacer las siguientes manifestaciones: enorme fueron la felicidad y el regocijo que sintieron los panameños todos desde el momento en que pudieron decir que eran libres. Los sentimientos en ellos latentes, pero vivos, se desbordaron sin medidas y nada pudo contener el deseo de hacer del Istmo su propia, única y verdadera patria. De todos los medios que tuvieron a mano se valieron y patria hicieron, para ellos, para nosotros y para las generaciones venideras.

Verdad es que en condiciones muy difíciles se agita la nacionalidad istmeña; pero verdad es también que por ello en nada pierden los panameños lo más mínimo de su patriotismo, puesto que la patria, como bien lo ha dado a entender nuestro poeta Miró, es amor, sentimiento y algo que radica especialmente en el corazón del individuo. Grande y muy grande ha sido la lucha que han tenido que sostener los panameños para hacer del istmo su propia patria: grandes y muy grandes han sido los esfuerzos que han tenido que realizar para hacer de esta faja de tierra el paraíso de sus ensueños, y aunque lo han conseguido, terrible es todavía la lucha que tienen que sostener para hacer que ella perdure, no sólo en sus corazones, en los que nunca morirá, sino en el sentir de todo el universo.

Poder extraño garantiza la existencia material de la patria panameña: pero este mismo poder, con gestos de incomprensión y de malicia, de dominio y de indelicadeza que mucho le han desacreditado ante la opinión mundial, es el mismo que continuamente nos tiene lleno de sobresaltos y con quien estamos y vivimos en constante lucha por mayor respeto a nuestros derechos. El Canal, que para nosotros ha debido ser el asiento mayor de nuestra nacionalidad independiente y libre, en estos tiempos de mercantilismos, de incomprensiones, de rapiñas y de odios, está siendo más bien motivo de debilitamiento de esta personalidad y causa de que no se nos prodigue más abiertamente, por parte de las demás naciones, los respetos y consideraciones a que nos hemos hecho acreedores. Pero la moral patriótica panameña en esta lucha

se ha portado siempre a la altura; en este sentido hemos cumplido siempre con nuestros deberes; y la recompensa la estamos recibiendo ya. No hay quien no reconozca nuestros derechos; quien no aprecie lo justo de nuestra causa y quien ignore la razón que nos asiste. Muchos nos ayudan en esta obra contra el Coloso; muchos nos ayudan en nuestra jornada contra el imperialismo y todos nos acompañan de espíritu en el mantenimiento y conservación de nuestros ideales. Día llegará en que por fuerza nos haremos oír y en el que hemos de conseguir tener una patria grande y próspera y libre en toda la extensión de la palabra. Como patriotas, nadie puede tildarnos; antes, por el contrario; el mundo es testigo de nuestra resistencia, de nuestras luchas, de nuestros esfuerzos y de nuestras esperanzas. Moral patriótica nos sobra y nos ha sobrado todo el tiempo. Y es triste y doloroso reconocerlo; pero es cierto. Nuestro patriotismo cada día va adquiriendo mayor intensidad, a extremos casi de que ya degenera en egoísmos y en odios. Esta transformación se va realizando gradualmente; estos sentimientos se van intensificando en virtud de imposiciones circunstanciales; y quizás sin que nosotros mismos nos estemos dando cuenta. Hoy más que ayer, y probablemente mañana más que hoy, iremos haciendo en nosotros más fuerte y más intransigente este sentimiento. Pero no de otra manera puede suceder ante el desconocimiento continuo de nuestros derechos, ante los ultrajes consecutivos a nuestra soberanía, ante las inconsecuencias irritantes de que somos víctimas y ante la mala fé y poco aprecio que abiertamente se nos demuestra por parte de los más llamados a tratarnos bien y a comprendernos mejor. Si para con nosotros se tuviera más confianza y sinceramente se nos prodigarán las distinciones que merecemos, otra cosa fuera, otro espíritu nos animara, otros sentimientos dejáramos nacer en nuestros corazones, e inspirados en los más sabios principios, en las más sanas doctrinas y en los más humanos credos, por patria solamente no tuviéramos a esta faja minúscula de tierra, ombligo de un continente, sino que, en nosotros, en nuestro suelo, los patriotismos todos se confundirían en uno, para dar origen a un sentimiento único, a una idea madre, a un amor sublime que había de regir los destinos del universo entero. Oh sueños fantásticos; oh visiones divinas de Bolívar inmortal. . . .

Y llegamos ahora a la parte quizás más importante de este capítulo; a la parte en que nuestra moral social liga nuestros actos para con el Estado, para con el Gobierno. En esta parte de nuestra moral el Instituto ha influenciado grandemente y en ella se le ofrecerá cada día mayor campo de acción para futuras actividades. En este campo, que es, como si dijéramos, de moral ciudadana, está el Instituto llamado a perpetuar más gloriosamente su nombre, y nos obliga a asegurarle así, el hecho de que, en tan poco tiempo, haya dado en este sentido resultados tan provechosos.

Las relaciones de los panameños para con el Estado en estos últimos años han sido de bastante importancia, pues se han registrado actos y acontecimientos que casi han llegado hasta a causarnos sorpresa. Agitaciones políticas intensas; movimientos sociales que han tocado la conciencia misma de las masas; inquietudes juveniles; anhelos de regeneración; 2 de enero; movimiento inquilinario; formación de partidos políticos; de agrupaciones agrarias y campesinas con miras ideológicas, y muchos otros movimientos y actividades más, productos legítimos de nuestro adelanto intelectual, se han efectuado bajo la influencia casi directa del Instituto Nacional. En materia de movimientos sociales relacionados directamente con el Estado, podemos decir que vivimos al día, que no nos hemos estacionado, que seguimos las grandes corrientes mundiales. En todo el país nuestros habitantes se preocupan por la conservación del Estado como entidad independiente y soberana y por la buena marcha de los asuntos públicos; combatimos los malos gobiernos; luchamos por el establecimiento de los regímenes dignos y honrados basados en el querer de las mayorías; poseemos amplias libertades cívicas y cuando nos han sido conculcadas hemos luchado hasta su completo restablecimiento; todos los credos y todas las ideologías tienen campo de acción expedito entre nosotros; la formación de todos los partidos a base de verdaderos principios, es tan estrictamente garantizada en nuestro ambiente; y todo, todo lo que se relaciona con el Estado y los ciudadanos, con las masas y las libertades públicas, entre nosotros, marcha a la vanguardia.

Y en cuanto a la parte de la moral que relaciona al individuo para con el universo, respecto de los panameños, cabe decir, que no menor ha sido el avance que he-

mos tenido. Desde nuestra independencia, nuestro suelo ha sido siempre hospitalario para todos los extranjeros, quizás con un poco de demasiada confianza; hemos participado en todas las conferencias, reuniones y asambleas internacionales que han pretendido el mejoramiento de la humanidad y la consecución del bienestar general; ha cambiado enormemente el concepto que teníamos de patria en cuanto a estrechez y exclusividad, a pesar de que, como anteriormente dijimos, hay motivos para que ello así no suceda; sentimientos humanitarios internacionales anidan en nuestros corazones; reconocemos el derecho de todas las razas y de todos los pueblos y en todo y por todo procuramos ser consecuentes con las ideologías modernas de interdependencia y confraternidad universales.

Y preguntamos ahora: todos estos movimientos, todas estas actividades, todo esto que se llama nuestra moral social, es decir, todo lo bueno que hemos hecho en bien de nosotros mismos, de nuestros semejantes, del estado, de la patria y del universo, a quién se lo debemos? No hemos acaso logrado esta moralidad debido principalmente a nuestro desarrollo intelectual? Luego entonces, todas nuestras actividades morales, no tienen como fundamento y como arranque primordial, al Instituto Nacional? Sí; la idiosincracia del plantel, la ideología que lo fundamenta, los principios que lo rigen, y todo, todo su engranaje administrativo y educacional hacen que sea él el semillero en donde se cultivan nuestros mejores intelectos, nuestras más fuertes mentalidades, los apóstoles de nuestra democracia, los mártires de nuestras luchas, los maestros de los más sanos principios. Los frutos del Instituto en materia ideológica han sido hasta hoy todo movimiento, todo cambio, todo acción y todo energía, es decir, una verdadera y poderosa revolución. El estado actual de nuestra sociedad nos lo está diciendo en toda forma y la moral que respiramos en todos los sectores de nuestra vida nos dice a voz en grito que es el Instituto la cuna de todas nuestras actividades por la conquista del bien.

Productos del Instituto son los elementos que están acuerpando la defensa de nuestra nacionalidad en peligro, los que viven en perpetua acción ante el coloso y los que defienden a todo trance nuestra personalidad internacional con más bríos y con mejor acierto de su seno

han salido los líderes que encabèzan el socialismo y el comunismo entre nosotros, doctrinas éstas inspiradas en la más alta moralidad; puesto que, según nuestro parecer y según lo dicen sus teorías, tienden a conseguir el mayor bienestar posible de la especie humana; de sus aulas han salido los elementos que ahora mismo impulsan a las masas obreras y campesinas hacia la conquista de su redención; los que impulsan al pueblo a que cumpla estrictamente su deber ante la historia y le enseñan a gozar debidamente de sus derechos y de sus libertades; que tratan de conseguir los puestos sobresalientes de la administración pública para llevar la nave del Estado por los mares apacibles de la justicia y de la verdadera democracia y los que están persiguiendo la efectiva realización de un ideal común basado en el máximo de honradez y comprensión. El Instituto constituye el gran dinamismo de energía que ha transformado y seguirá transformando a nuestra sociedad; que conquistará para la patria istmeña un porvenir venturoso y que hará de nuestra república el Edén de los panameños. El Instituto acabará con nuestros males, nos llevará siempre por las sendas expeditas del progreso, hará nacer en nosotros las esperanzas y las ilusiones y constituirá el norte y guía que llevará nuestros pasos hacia la eterna conquista del bien y hacia nuestro legítimo perfeccionamiento. Gloria al Instituto....

XII

Y terminamos este trabajo con este último capítulo. En los anteriores hemos tratado de enfocar todo lo que nos ha sido posible en relación con el progreso de nuestro país y con la influencia que en este progreso haya podido tener el Instituto Nacional. Al concretarnos, con exclusividad casi, a hablar de cuatro de los principales aspectos de nuestra vida progresiva, no quiere decir ello que no reconozcamos que en otras formas también nuestro país ha recibido transformación y cambio, desde luego que, como ya lo hemos dicho al comienzo, en todos los aspectos humanos Panamá ha evolucionado. Como consideramos que hemos sido lo suficientemente amplios en estas explicaciones, no queremos extendernos más sobre el particular, y si escribimos este último capítulo es porque, para nosotros, son necesarias e indispensables ciertas con-

clusiones finales que en el curso de estos capítulos hemos ido prometiéndolo.

Largos y muy largos hubiéramos podido ser si hubiéramos optado por detallar más precisamente la acción del Instituto en el progreso del país, y si, sobre todo, hubiéramos preferido analizar con precisión la fuerza con que este plantel ha debido influenciar en varias actividades de la vida nacional, como, por ejemplo, en nuestras campañas políticas y en la orientación práctica de nuestra enseñanza. Las críticas que alrededor de estas dos actividades se han hecho, justificadas unas e injustificadas otras, es cierto, han pretendido lograr nuestro mejoramiento y conquistar un positivo avance en el desarrollo de nuestra cultura; y, sobre todo, las críticas hechas con bastante frecuencia a nuestra instrucción secundaria, y directamente al Instituto, motivos han sido para que en este sentido hayamos procurado mantenernos dentro de una línea de avance continuado que nos ha dado resultados muy halagadores. Las críticas que se han hecho al Instituto Nacional con respecto a que la enseñanza que imparte no responde a las necesidades inmediatas de la nación, puesto que ninguna misión verdaderamente práctica están llenando en la vida del país sus numerosos graduados, aunque han sido críticas injustificadas las más, no por ello han dejado de tener importancia y de traernos sus beneficios. El aumento de los años de estudio, la limitación reglamentada de las matrículas, el pago de su instrucción superior por parte de los alumnos que la reciben y otros requisitos más, medidas son muy acertadas y convenientes que, con la implantación correspondiente de Escuelas de Agricultura, Vocacionales, Modelos, y Talleres de variadas índoles, han venido como consecuencias de esas críticas y han llegado en los momentos precisos en que eran necesarias.

Pero no ha sucedido lo mismo con las críticas hechas a nuestros sistemas políticos. En este aspecto de la vida nacional la influencia del Instituto se ha estrellado por completo. No nos ha sido todavía posible acabar con el caciquismo, con el caudillismo, ni con el aspecto de zambra africana que toman nuestras contiendas cívicas. Nuestras luchas políticas todavía nos denigran y nos colocan en una línea inferior de civilización y de cultura ya que los actos y acontecimientos que en ellas se suceden chocan dolorosamente con la moral y las buenas costumbres. Y pareciera mentira; pero es la realidad. Cada año que pasa, nuestra política degenera más y más; se envilece de

manera patética y las posibilidades de que ella constituya muestra de adelanto y de progreso en una democracia que se precia de culta y de recta, se alejan hasta perderse en los horizontes inciertos e ilimitados de las imposibilidades. Hoy más que ayer, y mañana más que hoy, todo está indicando que en este sentido es imposible que el Instituto pueda ejercer una acción benéfica. Las generaciones que se levantan, sanas de mente y de espíritu, al entrar a formar parte de un conglomerado amorfo, heterogéneo e ideológicamente atribiliario, carecen de fuerzas suficientes para imponerse y poder resistir los embates de la descomposición y terminan por confundirse con los degenerados en el rodaje miserable de las ambiciones y de los intereses partidaristas. Muestras palpables no faltan y hasta hechos recientes y frescos nos demuestran que políticamente nuestra juventud, salga del Colegio que saliere, pierde inmediatamente, a su contacto con el mal y la miseria, esa rigidez espiritual, esa fortaleza ideológica y esa disposición al sacrificio en aras de los sanos principios liberales y republicanos que saca de los bancos de la escuela. Los intereses bastardos de los gobernantes: las utilidades pecaminosas de las camarillas, y los egoísmos, odios y sed de mando de los hombres que se van sucediendo en los gobiernos de nuestra república, van asesinando despiadadamente y con todos los caracteres de premeditación y alevosía, la fé y las ansias de regeneración y de cambios benéficos en nuestro desenvolvimiento democrático que llevan en sí todos los elementos jóvenes que se inician en nuestras contiendas partidaristas. Nuestro régimen político es todavía totalmente deficiente y constituye un vaho mefítico que lo pudre todo y que todo lo consume. Nuestras escogencias representativas constituyen una burla sangrienta a los cánones del liberalismo. Nuestro régimen político es todavía completamente deficiente, y, sobre todo, en lo que respecta a nuestras elecciones en sí, es un escándalo y una barbaridad.

Las críticas, pues, que a este respecto se han hecho al Instituto Nacional, son todas muy justificadas, y, sin embargo, no han dado ningún resultado práctico. Las distintas generaciones de graduados que han salido de sus aulas, bastante numerosas por cierto, en este sentido, nada absolutamente han hecho. Y por ello, en el campo político, es muy poco lo que hemos mejorado y no hay síntomas de que en un futuro cercano esta mejoría se imponga.

Y hacia estas dos actividades es conveniente que se

oriente ahora mismo la misión del Instituto: hacia la implantación de una enseñanza vocacional práctica de acuerdo con nuestras necesidades de progreso, y hacia la formación de una verdadera conciencia ciudadana que sea capaz de escoger sus gobernantes y de labrarse sus propios destinos sin la intervención de extraños y obrando al igual que los demás pueblos civilizados del orbe. Esto hará que avancemos más rápidamente en el sendero del progreso humano y colocará al país en el lugar que le corresponde entre las naciones cultas e ilustradas del mundo.

Quéremos, además, en este último capítulo, decir, que, aunque en verdad reconocemos que han sido considerables los adelantos intelectual y moral de nuestra nación, creemos igualmente que estos adelantos habrían sido mayores si no hubiera sido porque dos causas muy poderosas lo han impedido. Estas dos causas son: la falta de filantropía en nuestros hombres ricos y el entrometimiento de la política en el ramo de instrucción. No profundizamos sobre estos dos asuntos: porque, en este trabajo, ello no tiene objeto substancial; pero tampoco podemos dejar de manifestar que si en Panamá existiera la filantropía y si nuestra instrucción se hubiera descentralizado a fin de librarla por completo de las influencias políticas mayores fueran los beneficios que en todo sentido; hubiéramos obtenido de las labores del Instituto Nacional.

Mientras que en Europa, Estados Unidos de América y otros países americanos la instrucción pública marcha como quien dice, sola, sin la intervención directa del Estado, entre nosotros, por el contrario, todo, en materia de educación pública, lo dejamos ampliamente sometido, a la influencia peligrosa del Gobierno. Además, entre nosotros son muy contados los que fundan una Escuela, no hay quien dé un centavo para ayudar al sostenimiento de las que ya existen y mucho menos quien legue parte de su fortuna para fines educativos. Y no se diga que es porque somos pobres, puesto que ello no es razón. Cómo gastamos cientos de miles de balboas en nuestras campañas políticas? Por qué, de igual manera, no nos juntamos y ayudamos al Estado en el fomento de nuestra educación? Mientras ésto no hagamos, en materia de Instrucción Pública no avanzaremos con la ligereza con que estamos capacitados para avanzar ni con la eficiencia que nos están exigiendo los tiempos. Es necesario que comprendamos que en estas épocas de crisis el Estado solo no puede llevar toda la carga, y como también, que comprendamos que de las fortunas que hacemos; una parte de ellas, aun-

que sea la más pequeña, debemos devolverla a la comunidad que nos las dió, devolución ésta que debemos efectuar, no sólo mediante el pago de los impuestos que el Estado nos exige, impuestos éstos que las más de las veces no son los que debiéramos pagar, sino también, en forma de donaciones y regalos para la construcción y sostenimiento de obras e instituciones de beneficencia y educación.

La no descentralización de la enseñanza es la otra causa que no ha permitido que haya sido mayor la influencia del Instituto: Mientras que en casi todos los países del mundo el ramo educacional es algo completamente independiente y que labora por sí propio, entre nosotros, por el contrario, está subordinado directamente a uno de los poderes administrativos, y al más peligroso, al Ejecutivo, que, claro está, para mantener el control y la hegemonía política en todo el país, no le importa, para lograr este fin, imponerse en la forma que sea a todo lo que para ello pueda constituir un impedimento poderoso. Y es por esto por lo que hemos visto la política criolla de nuestro ambiente retardar grandemente nuestro avance educativo no sólo en forma limitada, sino hasta el extremo de echar por tierra los progresos alcanzados después de varios años de labores. Y esto, indiscutiblemente, ha perjudicado al Instituto.

Es urgente que nuestra educación sea descentralizada; que funcione bajo la dependencia completa de un Concejo que esté libre de las influencias de los Jefes del Gobierno. Ello es indispensable. El día que esto se consiga nos daremos cuenta de los tantos errores que hemos cometido, y nos convenceremos, entre muchas otras cosas, de que es un absurdo tratar de alejar al maestro de la política, cuando, en verdad de verdades, por sus conocimientos, por su cultura y por todo, él, más que nadie, es el más llamado a participar en estas luchas, desde luego que haciéndolo en forma digna y honrada, a más de constituir un ejemplo magnífico para la generación que se levanta, es un halón más que logramos dar para atraer hacia nosotros la cultura que tanto necesitamos.

Y como es la instrucción la base más firme sobre la cual descansa el progreso de todos los pueblos, terminamos este trabajo, manifestando, que, el día que en nuestra nación las cosas se hagan dentro de la más estricta moralidad y asignándosele a cada cual el puesto que le corresponde y la misión para la cual está realmente capacitado, entonces y sólo entonces, entraremos de veras y de

manera firme y duradera por la senda del progreso. El día que los puestos sobresalientes de la administración, los ocupen, no políticos, sino personas competentes, educadas y responsables, o, mejor dicho, educadores en toda la extensión de la palabra, comenzaremos a hacer verdadera labor educativa, y será entonces cuando, sin dar un solo paso atrás, podremos seguir impertérritos las conquistas brillantes que resarvadas nos tiene el porvenir. Cuando los ex-alumnos del Instituto sean Presidentes de la República, Secretarios de Estado y Diputados a la Asamblea Nacional en mayor número, la influencia del plantel será decisiva, y será entonces cuando, verdaderamente, estaremos en condiciones de conservar grande y libre a nuestra querida república.

— F I N —